

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *La Caridad*, por María del Pilar Sinués de Marco.—*El niño y la mariposa*, poesia, por doña María Mendoza de Vives.—*El hidalgo Gabriel Telles*, (conclusion) por D. Federico de Sawa.—*Un sueño*, por D. J. J. Gimenez Delgado.—*Teatros*, por una madre de familia.—*Esplicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.—*LÁMINA. Un figurin de modas.*

LA CARIDAD.

Hay un consuelo para todas las penas de la vida, un bálsamo para todos los dolores, un rayo de sol que disipa todas las nieblas, que sin cesar visten el horizonte de nuestra existencia: la caridad.

Se han visto personas cuyo corazon se hallaba yerto, marchito á fuerza de sentir acerbos sinsabores, y en el ejercicio de esta santa virtud han hallado un consuelo supremo é inagotable, y en pos de la caridad ha venido á visitarles la esperanza, esa hermosa mensajera del Dios de las misericordias.

La caridad es un beneficio para el que la ejerce, porque nada es tan consolador como el espectáculo del bien que se ha hecho, de la felicidad que es obra nuestra y que ha reemplazado al llanto de la desesperacion.

La caridad lleva en su manto el consuelo y la alegria. El que la ejerce ama á Jesucristo en el mendigo andrajoso y macilento, en la anciana enferma y demacrada, en el niño lloroso y abandonado.

¡Oh, caridad! la pureza inmaculada de tu ropa, y la blancura de tus alas, cobran nueva brillantez al rozarse con la miseria, que constantemente procuras y consigues aliviar!

¡Tú estiendes tanto tus beneficios, que es imposible señalarles un término!

¡No te contentas con dar pan al hambriento, con vestir al desnudo, y con dar consuelo á todos los dolores!

¡Tú perdonas además todas las ofensas, y no hay injuria que no haga olvidar tu placida dulzura!

AÑO I.—NÚM. 6.

¡Tú pones una venda sagrada ante los ojos, para ocultarnos todos los defectos de los que nos rodean y nos haces así la vida risueña y feliz!

Practicad la caridad, jóvenes lectoras mías, que ella, por sí sola, os prestará nuevos encantos. Nada hay que mas embellezca á la mujer que la virtud, y podeis ejercerla en todos los estados, en todas las circunstancias de vuestra vida.

La virtud no es adusta: si tal os parece, es porque no os la pintan con su verdadero colorido. Quizá el deber os amedrenta, porque no habeis llegado á comprenderle; y sin embargo, la sola palabra *deber* tiene un encanto indecible para la mujer que abrigue una alma tierna, cualidad que, por fortuna, dejan muy pocas de poseer.

La caridad es un deber para todos en general; pero este deber se convierte en una satisfaccion muy dulce para la mujer: porque es innegable que la mujer ha nacido con un caudal mas rico de sentimiento que el que ha sido otorgado al hombre.

El destino, la principal ocupacion de la mujer, es el amor. ¡Y qué otra cosa es la caridad, que un amor grande, generoso y purificado?

La mujer debe ser indulgente por carácter y por corazon, y la indulgencia bondadosa es tambien caridad.

El cálculo y el trabajo constituyen la vida del hombre: la de la mujer está únicamente consagrada al amor.

La caridad debe ser, pues, una ocupacion en la mujer, por avenirse mejor con su organismo y con el destino que el cielo le ha deparado sobre la tierra.

A la mujer que reciba en su pecho á esa bella hija de la religion, Dios la colmará de dichas y prosperidades: en pos de la caridad vendrán la esperanza y la fe, y su vida será feliz, y estará exenta de pesares, pues no hay padecimientos que no endulcen esas hijas del cielo.

Si.... ¡Feliz aquella que las abriga bajo su techo! ¡Feliz la que consigue que se reclinen en las cunas de sus hijos! ¡Feliz la

MADRID 16 DE FEBRERO DE 1864.

que les rinde el amoroso culto que merecen!

Las bastardas pasiones no desgarrarán jamás su seno. La felicidad no se apartará de su hogar, porque la felicidad reside en nosotros mismos, y solo una conciencia pura puede darla.

Sí, por vuestro daño, habeis nacido con una imaginación ardiente, no la atormentéis con sueños vanos, amadas lectoras mías.

El poder y la gloria no se han hecho para la mujer. Su poder está en el ascendiente que pueden darle su dulzura y el exacto cumplimiento de sus deberes: su gloria en la práctica de las virtudes: su felicidad depende en gran parte de las dulces emociones de la caridad.

Siembre la mujer beneficios en torno suyo, y los desgraciados, á quienes socorra, implorarán para ella las bendiciones del cielo. Cuide del huérfano, y el Señor de todo lo criado conservará la hermosura y la salud de sus hijos.

Practicad, según vuestro estado, la santa caridad, y las lágrimas, que enjugueis, serán recogidas en una copa de oro por el ángel de vuestra guarda, y se convertirán en perlas, que servirán para tejer una corona en el cielo.

La caridad estenderá su manto sobre vuestras cabezas, para protegeros contra la desgracia, y despues que hayais pasado a una vida mejor, cubrirá con él vuestros sepulcros y hará brotar en ellos flores hermosas, imágen de vuestras virtudes!

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

EL NIÑO Y LA MARIPOSA.

Por entre zarzas y silvestres rosas,
Corre un hermoso niño
En pos de las pintadas mariposas
En quienes cifra su pueril cariño,
Y en una del color de la inocencia,
Mas que las otras, vagarosa y leve,
Que ya oculta entre ramos su presencia,
Ya en el ambiente azul, mansa se mueve,
El niño fija su ardoroso anhelo;
Y al mirar como vuela y se levanta
Quiere tras ella remontarse al cielo,
Mientras lastiman su desnuda planta
Las duras jaras del agreste suelo.

Mas sin que sienta por su mal enojos,
Ya corre por las sendas desiguales
De los secos rastros,
Ya por entre amapolas y zarzales
Tras el insecto en quien fijó sus ojos:
Y él, que jugar parece
Con el infante de inocencia lleno,

El bosque deja, y por el campo ameno
Huye, torna, y en círculos se mece
Hasta que al fin se posa y se estremece
De un lirio azul, en el fragante seno.

El rapazuelo, que de lejos mira
Sus blancas alas, de divino esmalte,
Su afán redobla, cauteloso gira,
Y antes que vuele y á su aliento falte
Llega con pié ligero;
Un instante se para: no respira;
El cuerpo avanza; al estender la mano,
Dá un grito de placer... mas ¡ay! tan solo
Prendiera en ella al airecillo vano!

Mas la burla le ciega,
De rabia llora, y con furor se lanza:
La mariposa que á su antojo juega
Quiere burlar del niño la esperanza
Y hasta el alcance de su mano llega.

Y él con orgullo insano
En sus dedos la estrecha;
Mas al tender la mano,
Vé en súcio polvo, su beldad desecha.

Entonces, sollozando le pregunta:
—¿Quién eres tú, que por gentil y hermosa
Seduces hechicera?—

Y espirando la blanca mariposa,
—¡Soy, le responde, tu ilusión primera!—

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

EL HIDALGO GABRIEL TELLEZ.

(Conclusion.)

VII.

Mil encontradas ideas asaltaron al buen hidalgo mientras salvaba la distancia que le separaba de la casa de aquella mujer tan querida: mas de una vez faltóle valor y acarició el pensamiento de volverse; pero una fuerza superior, poderosa é instintiva, un grito de su alma, le empujaba hácia ella, y violentando el paso, penetró con altivo talante en la mansion donde residia el ídolo de sus soñados amores.

En el zaguan un escudero alto, seco, y de faz enjuta y avinagrada, preguntóle:

—¿Qué se os ofrece, caballero?

—Deseo hablar con doña Esperanza. Guíadme hasta ella.

—Mi señora doña Esperanza, hoy no podrá recibirnos. Una gran desdicha pesa sobre su familia, y se halla apartada en sus aposentos.

D. Gabriel se inmutó y tembló levemente.

—Es necesario, es forzoso que yo la vea... Anunciádselo así.

—Tengo orden de que nadie pase; y no puedo desobedecer á mi señora.

—Entonces, replicó con altivez el hidalgo, os desobedeceré á vos, y para el caso es igual. Gabriel Tellez avanzó resueltamente.

—Ved lo que haceis, seor caballero; gritó todo hosco y amohinado el rodrigon atájndole con hostil ademán el paso.

—Eh! ¡apartad!

Y empujándole bruscamente, subió con rapidez la ancha escalera, penetró en una estancia bellamente decorada, y hallóse ante doña Esperanza.

La dama estaba pálida, llorosa. La infantil pureza que embellecía su peregrino rostro, se ocultaba tras una marcada espresion de despecho y de pena.

Conociase que un dolor profundo, inmenso, pesaba como la fria losa de una tumba, sobre el corazon lastimado de la jóven.

Aquel abatimiento, aquella palidez realzaban su belleza, lejos de disminuirla.

Una manifestacion de estrañeza vagó en sus purpurinos lábios al verlo.

D. Gabriel la contempló tenazmente, como aspirando la fragancia de hermosura y de candor que emanaba de ella, y saludóla con galante cortesania.

—Perdonad, señora, dijo, si osé penetrar hasta aquí; un deber imperioso lo manda. No creais, no, que vengo á molestaros con enojosas pretensiones mias, con inútiles protestas, con sentidas palabras..., ayes de mi alma... que para vos nada significan... no, sosegad... Una mision que cumpliré, mision dolorosa, terrible, me hace quebrantar mi juramento, pisando hoy los umbrales de esta casa. Yo no debo ocultaros nada, no puedo guardar en los senos de mi corazon secretos que lo destrozan... Si me lo permitis...

—Hablad, os escucho impaciente, contestó la jóven.

—¿Sabeis quién osado, aleve, mató ayer en duelo á vuestro hermano á las puertas de esta morada?

—¡Ah, no!—respondió tristemente doña Esperanza.—¡Algun cobarde asesino!

—El que lidió con D. Luis, frente á frente, á buena ley; el que tuvo la desgracia de teñir en sangre su limpio acero, fui yo.

—Vos... ¿Vos, don Gabriel?... contestó aterrada.

—Escuchad, doña Esperanza. Mi plática será corta; esta será, lo juro sobre mi honor, la última vez que os hable, y jamás volvereis á verme; acaso borrareis hasta el recuerdo de mi nombre. Oid, y perdonadme, si es que vos podeis perdonar á un hombre que tanto ha sufrido y sufre por vos... Yo os he amado, os he amado con locura, con toda la abnegacion, con todo el frenesí de un niño cuando alienta en su pureza los brillantes destellos del primer amor. Vos no habeis correspondido á mi ca-

riño... en buen hora; yo no os culpé por ello; pero he sentido celos, el punzante y fiero aguijon de los celos que se ha revuelto hiriéndome sin piedad en el alma... ¿Conoceis vos, por ventura, el suplicio de los celos?... D. Gonzalo os amaba, y yo envidié á ese hombre preferido, y le creí el mas afortunado de los mortales, y le respeté...; pero D. Gonzalo creyó sin duda ver en mí un aborrecido rival, y me ha insultado, y ha llevado el insulto hasta el extremo de pregonarlo, y me ha desgarrado sin piedad la fibra mas sagrada, la fibra del honor... Yo, anoche, loco, sediento de la sangre de ese miserable, le esperé en la calle... la noche era oscura, y la tempestad rugia desencadenada en mi corazon: ví venir á uno, creíle D. Gonzalo... le provoqué, le hostigué... y vuestro hermano ha sido victima de mis celos y de mi furor... Os juro, por el Dios que nos oye, que soy inocente de ese crimen, que yo no abrigaba odio ni rencor contra D. Luis... ¿Me perdonais, Esperanza?

D. Gabriel fijó en ella miradas anhelantes, supremas, indescriptibles.

—Os perdono, si... contestó sentida y noblemente la dama despues de una corta pausa.—Marchaos: olvidadme, como olvidarais un sueño de locas, de irrealizables espéranzas; borradme de vuestra memoria, como se borra la niebla que vaga al azar en el espacio, al leve soplo del viento de la alborada... Yo no puedo amaros... hoy menos que nunca... la sombra roja de mi difunto hermano se interpondria entre ambos para separarnos... Idos, D. Gabriel... yo rogaré á Dios por vos... Yo os perdono de corazon. Idos.

D. Gabriel estrechó con efusion la pequeña y mórbida mano que le tendia doña Esperanza: dos lágrimas ardientes, sangre del alma, quemaron al cruzar sus mejillas, y salió pausadamente de la estancia y de la casa.

VIII.

Pasaron seis meses.

Era una noche de primavera; una de esas plácidas noches que dilatan, que arroban el alma en melancólicos y purísimos placeres.

La luz de la luna se reflejaba trémulamente en las cumbres de las montañas, en los valles, y rielaba sobre las claras ondas del Tajo.

En el cementerio de la Merced Calzada de la imperial ciudad de Toledo, sentado al pié de una alta cruz de piedra, que estendia sus desnudos brazos como cobijando al desvalido, habia un hombre envuelto en un áspero sayal de penitencia.

Su semblante hermoso y grave parecia enflaquecido por los pesares y la austeridad de la vida monástica.

Aquel novicio era Gabriel Tellez.

Gabriel Tellez que desesperado, secas sus ilusiones, marchitas sus esperanzas, habia renunciado á la estéril magnificencia y vana pompa con que nos brinda el mundo, volviendo su mirada á Dios, manantial inagotable de supremo bien, que atesora bálsamo para todos los infortunios.

En sus hermosos ojos que contemplaban el firmamento tachonado de estrellas, se dibujaba la desesperacion; se traslucia en el intenso brillo de sus negras pupilas un pensamiento indeleble y fatal.

Estaba pálido, muy pálido y muy acongojado.

—¡Dios mio! exclamó, tú que moras en la altura... Tú que tienes por pedestal de tu grandeza el mundo y por trono la inmensidad de las esferas... Tú, consuelo de los que sufren, amparo y sostén de los que lloran, no me abandones en mi infortunio. Aleja de mi pecho esta pasion que lo consume: mi alma atribulada te pide paz, dulzura mi corazón... Señor, no desoigas mis preces, no me hagas apurar el amargo cáliz del dolor... ¡Piedad! ¡piedad de mi!

Y cayendo de rodillas, elevó los ojos arrasados de lágrimas al cielo; cruzó los brazos sobre el pecho, y permaneció en oracion.

Los plateados rayos de la luna bañaban el místico semblante del religioso.

FEDERICO DE SAWA.

UN SUEÑO.

«Man is but a shadow, and life a dream.»

«El hombre no es mas que una sombra y la vida un sueño.»

Addison.

Volvia de mi paseo en una hermosa tarde de primavera.

Fuertemente afectado por emociones que durante el dia esperimenté, parecia-me que una gran pesadilla iba á apoderarse de mi.

Sombrios pensamientos vagaban por mi cerebro, que en vano trataba de desechar.

Cansado del paseo, me dirigí á un pintoresco jardín y me recosté bajo un cenador en un asiento de cesped.

Sonrosadas nubecillas jugueteaban entonces hácia el sitio por donde el rey de los astros habia desaparecido para continuar su perpetua carrera: las estrellas empezaban á salpicar de plata el azul manto del cielo, y entre todas resplandecia el brillante lucero vespertino: las golondrinas, impulsadas por el amor de madre, volvian á sus nidos colgados de las ramas de árboles frondosos, y daban calor á sus ateridos hijuelos; la vivaracha é inconse-

cuente mariposa aun revoloteaba en torno de las flores, como acariciándolas, deteniéndose en la corola de la mas fresca rosa, para robarle su aroma; los melodiosos trinos de los pajarillos, al recogerse, llegaban á mis oidos en alas de una deliciosa brisa que me brindaba embriagadores perfumes: un cristalino arroyuelo murmuraba dulcemente al perderse por entre la fina yerba que festoneaba sus márgenes, y en una palabra, en aquel encantador recinto, se elevaba el alma á regiones desconocidas.

Yo admiraba estasiado aquella magnífica perspectiva que la naturaleza me ofrecia, y sin saber cómo, caí en una profunda contemplacion sobre el hombre, su pequenez, comparada con la omnipotencia del Creador, y las miserias y desgracias á que está sujeto durante el corto período de su vida.

Con estas ideas me adormeci, pero en vez de hallar en el sueño descanso, una ilusion se apoderó de mi acalorada mente.

Veia mil fantasmas de distintas y caprichosas formas que vagaban en torno mio, martirizándome con sus burlonas risas y continua algazara, como mofándose de la gran tristeza que entonces me desgarraba el corazon, producida por la amarga verdad de mis raciocinios.

Vestidos de diversas maneras segun su sexo y el papel que representaban, hacian un conjunto imponente. Ligeros en sus movimientos, accionaban al compás de una orquesta formada por destemplados tambores y agudas trompetas, tratando sin duda de ridiculizar, con sus gestos y acciones, algunas de las escenas que representan los hombres en el gran teatro social, ejecutando una comedia que considerada en todas sus situaciones, y en general, solo merece un desprecio compasivo.

Aparté la vista de aquel sitio, y en un espacio indefinido, ví una profunda cueva en la que se palpaban las tinieblas: respirábase en ella una atmósfera corrompida y nauseabunda, que dañaba tanto fisica como moralmente.

En esta asquerosa mansion, una mujer repartia con descarado y lascivo aire, manjares riquisimos en la apariencia, pero venenosos al gusto, que representaban las diversas inclinaciones dominantes en la especie humana.

Rodeábala gran número de sombras que aceptaban con placer estos presentes.

Aquella mujer era *El Vicio*.

Vestia una fina túnica, flotante á impulsos de sus rápidos movimientos; un tupido y largo velo ocultaba en parte su feo y descomunal rostro, como avergonzándose de que las sombras, que le quemaban impuro incienso, conociesen los grandes defectos de que adolecia.

Al lado de estas, habia colocado el idolo particular á que rendia culto, accesorio de aquella figura infame, entre los que sobresalian *la avaricia* y *la envidia* con sus deseos jamás cumplidos, *el lujo* deslumbrando con su engañoso oropel, *la soberbia* con sus furiosas é inhumanas inclinaciones, y *la pereza* con su indolente posturacion.

Examiné algunos instantes el cuadro que ante mi vista se desarrollaba.

En su centro habia un venerable anciano, suspendido en el espacio, sin comprenderse de qué manera.

Cabellos largos y blancos cual la nieve caian por sus hombros, dejándole á descubierto una ancha y calva frente. Hondas arrugas cruzaban surcando su demacrado rostro, que se perdía en una barba fina y canosa.

La majestad estaba representada en su semblante, é infundia verdadero respeto.

Parecia meditar.

Llevaba en su mano un reloj de arena, cuyos granos se desprendian uno á uno precipitadamente, para no volver á subir jamás.

Era EL TIEMPO.

A la puerta de la gruta estaba un personaje desapercibido para todos, menos para mí.

Sus carnes habian desaparecido, cubriendo apenas sus huesos, una piel seca y acartonada: sus ojos, sin brillo y sin color, se perdian en profundas y cóncavas órbitas. Tenia abierta la boca como en mofa de las escenas que presenciaba, enseñando dos hileras de carcomidos dientes: su huesuda mano apenas podia mantener una ligera y afilada güadaña siempre pronta á herir, y á intervalos la levantaba en ademán amenazador, queriendo vengarse de las sombras que no se acordaban de ella.

Era LA MUERTE.

Profundas reflexiones me ocurrieron.

Arrastrado el hombre por el huracan de sus pasiones, aturdido por el impetuoso mar de los vicios que le rodean, y sin conocerse ni conocer la mentira que le aseña, nunca piensa en el tiempo, que sin detener su poderosa carrera le conduce insensiblemente al sepulcro.

Y desperdiciando instantes preciosos, sin acordarse de lo que es, despierta ya tarde del delirio que se apoderó de su extraviada imaginacion, y sufre entonces tanto como en él creyó gozar.

¡Oh! allá cuando la muerte al cernerse sobre su cabeza ponga término á la despreciable existencia que arrastró quitado el disfraz con que la ocultaba, podrá apreciar su pequeñez y su miseria.

Así pensaba, cuando vi dirigirse á mí á aquella mujer que presidia el festin.

Con voluptuosas maneras queriendo ostentarse llena de atractivos y gracias, me dirigió una incitante y abrasadora mirada, y me invitó á gustar de una dorada y falsa copa que al mismo tiempo me presentó.

Mas en el mismo instante, se me apareció una virgen en cuyo rostro estaban retratadas la candidez y la pureza: sus divinos ojos se fijaron en mí despidiendo destellos de luz que vinieron á iluminar el oscuro horizonte que se estendia antes á mi vista; su encantadora boca sonrió con dulzura, y la esperanza renació en mi corazón.

Era LA VIRTUD que acudia en mi ayuda.

A su presencia *El vicio* desapareció rugiendo desesperadamente, y sin saber cómo, me vi trasportado á una áspera montaña rodeada de precipicios que se perdian en lo profundo, y picos que se elevaban perdiéndose en el cielo.

Delante de tal oscuridad, reconocí mi flaqueza y tuve miedo.

Entonces la hermosa figura que me acompañaba, me condujo al borde de los abismos, y con una armoniosa voz, cuyo timbre embelesaba, me dijo:

—En esta gran montaña te crees perdido: así te hallas en medio del proceloso mundo. ¿Ves esas simas que tienes á tus pies amenazando tragarte? pues esos son los peligros de la corrupcion que en él se encuentran.

Considera la altura de esas escarpadas rocas que se pierden en el éter, y el pedregoso, casi inaccesible camino que sube á sus cimas.

Llegando á ellas por la dificultosa senda del bien que simbolizo, se obtiene una recompensa tan grande como inefable.

La verdadera felicidad.

J. J. JIMENEZ DELGADO.

TEATROS.

Desde hace mucho tiempo que se venia hablando del drama *Venganza catalana* que hoy preocupa todos los ánimos; los diarios fueron anunciando primero los adelantos que el Sr. García Gutierrez hacia en su obra cuando la escribia con el titulo de *Roger de Flor*; despues, terminada ya, ó próxima á terminarse, nos dijeron que las llamas la habian destruido; mas tarde, que la memoria y la imaginacion de su autor le habian dado nueva vida y últimamente que su lectura habia entusiasmado á cuantos tuvieron la fortuna de asistir á ella.

De boca en boca corrian magníficos versos y se celebraban bellezas admirables de *Venganza catalana*, antes de que se pusiese en escena, y estas circunstancias, el nombre del autor y los esfuerzos que la empresa del Teatro del Príncipe hacia para pre

sentar dignamente la obra, llevaron á él en la noche de su estreno á un numeroso y escogido público dispuesto solo á admirar y á quien no le hubiera satisfecho lo bueno porque esperaba lo sublime.

Entre el autor que ofrece una nueva obra á la pública contemplacion y el espectador que acude á verla, se entabla una lucha, que me ha afectado siempre, semejante á la que media entre dos personas que juegan: ámbas, como es natural, aspiran á ganar; pero necesariamente una ha de perder. Por triste que sea—forzoso es confesarlo—el público cree á veces que ha perdido la partida cuando el autor vence. Júzguese, pues, de la predisposicion de los espectadores que asistieron al estreno de *Venganza catalana* sabiendo que el autor contaba, para ganar la partida, con casi todos los triunfos.

Palmo á palmo estuvo este defendiendo el terreno, con mas fé y arrojo mayor, si cabe, que el de los catalanes y aragoneses que peleaban en el campo de Apros, si bien aquel encontraba mas nobleza en su contrario que estos en los alanos con quienes se las habian, y que tanto dieron que hacer al valiente Perich de Naclara.

El Sr. García Gutierrez consiguió, en el primer acto, que esa avidez fria y recelosa á un tiempo, con que se oyen las primeras escenas de una nueva obra, se convirtiera en un vivo, noble y creciente interés, y halagando cada vez mas con sus magníficos versos, las esperanzas que habian concebido los espectadores, despertó por fin su entusiasmo al decir Naclara en el segundo:

Porque he oido no sé á quién,
Pero soldado, decir
Que en la escuela militar
La muralla es para entrar
La puerta para salir.
Y pues Miguel se concierta
Con esa infame canalla,
Entremos por la muralla
Y echémosle por la puerta.

Desde este momento el autor de *Venganza catalana* ganó la partida: ya no tuvo que luchar: su contrario se convirtió en admirador.

El drama no encierra una leccion moral; ni en él domina un pensamiento consolador: el señor García Gutierrez no se ha propuesto tampoco ninguna de estas cosas y al echarlas yo de menos, mas que de hacerle un cargo, trato solo de consignar mi natural predileccion, como mujer, por las obras que, como en otra ocasion dije, son obras buenas y buenas obras.

La venganza que lleva consigo sangre y esterminio, por mas que sea catalana, siempre es una atroz venganza. El mismo García Gutierrez condena tácitamente esa pasion cuando por boca de Roger y al preguntarle María si el padre de Margarita

perdonó á esta cuando le confesó el amor de que fué victima, amor mas fatal que culpable, dice:

Tan noble sentimiento no es posible
Que en esos negros corazones quepa.

García Gutierrez basa su obra en un episodio de la célebre espedicion de catalanes y aragoneses á las comarcas de Oriente y el público, á pesar de la poca aficion que muestra hoy á los dramas históricos, tuvo que aplaudir entusiasmado el del autor del *Trovador* en el cual tan magistralmente están pintadas las temerarias proezas de nuestros antiguos soldados á la par que resaltan de una manera tan notable los mas profundos y encontrados afectos.

No obstante, el triunfo legitimo que ha alcanzado García Gutierrez es debido, en mi humilde opinion, mas que á la contestura de su obra, á su rica imaginacion, á la entereza, á la sublimidad, á la magia de sus versos.

Prueba de ello es la escena del acto segundo en que Roger relata á su esposa la historia de sus amores con la infeliz Margarita y le dice que *no la olvida jamás*. Esto es cruel, inverosímil y hasta hace ridículo que en el acto tercero el mismo Roger que *jamás olvida á Margarita* reconvenga á su esposa y le diga

En ese corazon doble y profundo
Nunca arraigó mi amor! Era segundo.

Sin embargo, el público no puede menos de aplaudir estas escenas que llevan en cada verso engastada una belleza.

Otra cosa no me satisface en *Venganza catalana*: los dos hechos mas culminantes de la obra, la venganza y la muerte de Roger, origen de aquella, no pasan á la vista del espectador; este los sabe porque se los cuentan y la relacion nunca interesa tanto como la accion.

La figura de Roger es casi la más débil de todas las que brillan en cuadro tan colosal, y García Gutierrez ha debido comprenderlo así, al quitar á su obra el primitivo título que llevaba de Roger de Flor.

Pero á qué cansarme en apuntar algunos otros defectos que en último resultado probarian mas el talento de García Gutierrez?

Ya lo he dicho: el mérito principal de *Venganza catalana* está en sus versos.

¡Cómo no entusiasmarse cuando Roger, al oír que sus soldados son tachados de cobardes por Gircon, esclama!

¡Cobardes mis españoles!

Miguel. Callad.

Roger. No, señor, no puedo:

Quando ese punto se toca
Toda mi paciencia es poca.
¡Quién negará su denuedo?
El valor! sí, esta es la joya
Que mejor los engrandece!
Y esta campaña oscurece
Las maravillas de Troya!

María. Cierto y con razon te quejas.

Roger. ¡Oh! como estais olvidados
De que os hallé acorralados
Como asustadas ovejas!

Gircon. Nadie domó nuestros cuellos.
Roger. De ira el corazon me late!
¡Y cuándo, y en qué combate
Hicisteis lo que hacen ellos?
Ya sospecho cuando ha sido:
Un día, de su muralla
En son de buscar batalla
Os ví salir de Planido;
Mas tuvo el turco piedad
De esas turbas espantadas,
Y á palos, mas que á lanzadas,
Os corrió hasta la ciudad.

Miguel. Eran uno para tres.

Roger. ¿Qué importa? No es ese el cuento:
Yo con uno para ciento
Los he vencido despues.

Seria necesario copiar la obra si tuviese que citar todas las bellezas que encierra, pero no puedo dispensarme de daros á conocer las magnificas redondillas en que Maria manifiesta á Catalina que va á ser madre por la ternura y poesia que encierran.

La esperanza ardiente
Que con desusado empeño
Sobresaltaba mi sueño
Y acariciaba mi mento;
Ese infinito placer,
Esa inefable alegría
Que el Hacedor nos envia
Al duplicar nuestro ser,
Trocaron su espresion muda
Y aquella indecisa calma
En voces que escucha el alma.
Sin el temor de la duda.
Y á esas voces que en sereno
Concierto para mí suenan,
De ardiente gozo se llenan
Mi corazon y mi seno.
Siento en ellos alentar
Una vida... ¡y no es la mia!
Siento impulsos de alegría
Con deseos de llorar.

Acabará este pobre y desaliñado artículo como obra de mujer, que cuando mas siente es cuando menos sabe espresar, recomendándoos que vayais á ver ese drama en cuya jecucion tanto se distinguen la eminente Matilde y la estudiosa Alvarez así como los hermanos Catalina, Pizarroso, Fernandez y Pastrana; ese drama que os ha de entusiasmar á la vez que por sus sublimes bellezas por el lujo, propiedad y esmero con que ha sido puesto en escena; ese drama, en fin, que en cada representacion proporciona un brillante triunfo á su afortunado autor, y que, segun mi humilde opinion y ese instinto mujerial y profético que domina en mi como en la mayor parte de mi sexo, ha de dar al ilustre Verdi el argumento para una magnífica ópera.

UNA MADRE DE FAMILIA.

ESPLICACION Y APLICACION

DEL FIGURIN DE MODAS.

Ved al rededor de esa linda mesa, mis queridas lectoras, cuatro preciosas jóvenes, casi tan encantadoras como me complazco en creerlos á vosotras: ved la dulce serenidad de sus actitudes, sus graciosas posturas y el púdico decoro de sus trajes, que no por eso dejan de ser de una elegancia esquisita en su forma: EL ANGEL DEL HOGAR no os presentará nunca esos modelos exagerados, que ofenden á la decencia, y que son imposibles de imitar, si esta no se sacrifica, y si alguna vez se los remiten sus correspondientes de Paris, os aconsejará que los huyais, y os dará el medio de modificarlos.

No corteis, ni permitais á vuestra modista que os corte mas exagerados los escotes de vuestros trajes de baile, que los que teneis á la vista: todo lo modesto es gracioso: todo lo que se adivina es bello, y la juventud necesita envolverse en el velo blanco y perfumado del pudor.

Ved aquí los graciosos y sencillos trajes del lindo grabado que teneis á la vista.

FIG. 1.—Traje de baile: vestido de tarlatana blanca, adornado por tres volantes que forman grandes ondas: cuerpo de peto con berta *draperie*, de la misma tarlatana: sobre esta berta hay tres volantes muy pequeños, que forman onda en el pecho y espalda, semejantes á los de la falda.

Prendido compuesto de una cinta azul celeste, entrelazada graciosamente con el cabello, que termina al lado derecho por largas caídas: sobre el mismo lado grupo de rosas, del que descende una rama verde.

Salida de baile de terciopelo imperial azul, con caprichón: el interior y el borde son de raso blanco, y sobre él se halla cosida en forma de red una estrecha felpilla azul.

Este sencillo y fresco traje conviene á las jóvenes, sean casadas ó solteras, pudiendo añadir en el primer caso alguna joya al prendido, y mas riqueza á los brazaletes y pendientes; si lo usa una señorita, cambiará las caídas de la cinta del cabello y el ramo de rosas al lado izquierdo: en cualquiera de los dos casos, la enagua que va debajo del vestido deberá ser de seda blanca, y hará mejor efecto si está sembrada de lunarcitos azules.

FIG. 2.—Traje de *soirée* y concierto: falda de grós color de rosa, guarnecida en el bajo por un ruche de crespon del mismo color, y otro de tul blanco: cuerpo *bearnés* guarnecido en la parte superior por un pequeño ruche crespon rosa bordado de felpilla negra: cuerpo interior de tarlatana blanca, que termina por una blon-

dita, cuya pegadura se cubre por un ruche de crespon rosa, orillado por ambos lados de felpilla negra: mangas cortas formadas por tres bullones de tarlatana blanca, separados por ruches, en todo iguales al que guarnece el escote de la camiseta.

Peinado levantado de la frente y sienas, cuyo adorno consiste en un grupo de rosas con follage, colocado en el lado izquierdo, y en un lazo hueco y sin caídas de cinta rosa de diez centímetros de ancha, que llega hasta la castaña.

Guantes blancos de cuatro botones y anchos brazaletes.

Este traje es encantador, tratándose de una jovencita de quince á diez y ocho años: no aconsejaremos que se lo ponga á la que pase de esta edad, á no ser que esté dotada de una figura graciosa y juvenil.

FIG. 3.^a—Traje de baile; vestido de glase color de paja; la falda está adornada por dos anchos flecos de felpilla negra; el primero colocado recto; el segundo, situado á alguna distancia, forma una onda en cada uno de los paños del vestido, redondeadas en la parte inferior y haciendo puntas en la superior: cada uno de estos ángulos agudos está cubierto por un broche de pasamanería, mezclada de azabaches, que termina por un fleco de felpilla: á todos estos flecos sirve de cabeza una sarta de gruesos granos de azabache.

Cuerpo liso de peto, con berta *draperie* en crespon color de paja sujeta en el pecho y hombros con broches de pasamanería iguales á los que adornan el dibujo de la falda, si bien un poco mas pequeños.

Peinado sujeto por una linda diadema de azabache, que termina por detrás en un broche que sujeta la castaña.

Collar de pequeñas perlas finas: guantes blancos de cuatro botones, y sencillos brazaletes de oro.

Este lindo traje solo sentará bien á una joven de cabellos oscuros: su coste no es excesivo, y ofrece la ventaja de una larga duración por la consistencia del glase; nos parece mas propio de casada que de señorita por la severidad de su adorno y riqueza del collar.

FIG. 4.^a—Traje de *soirée*: vestido de seda blanca, atravesado sobre cada paño de la falda, por un bies de terciopelo escocés, adornado por tres lazos sin caídas: cuerpo escotado y superado por un bies escocés: cinturón del mismo género, guarnecido de una franja de felpilla: mangas cortas, huecas y con la misma guarnición, adornadas por un lazo escocés.

Diadema de coral, de la que salen largas sargas, que se entrelazan en los cabellos de la manera mas graciosa: guantes blancos.

Mucho mas nos agradaría este traje, adornado con mas sencillez ó con mas

frescura, como, por ejemplo, con un bullón de crespon blanco en cada costura, sujeto á cada lado por una gruesa felpilla color de coral: aconsejamos á nuestras elegantes suscriptoras esta innovacion, seguras de que, despues de ejecutada, nos han de agradecer el consejo.

Y ya que de modas hablamos, no dejaremos la pluma sin mencionar, siquiera sea de paso, los elegantísimos sombreros que, como modelos, acaba de recibir de Paris Mme. Grenet, Puerta del Sol, número 14: para animaros á ir á admirarlos, os diremos que hemos visto cuatro incomparables en gracia y frescura: oid su descripción:

Uno blanco todo en tul de Malines, con crespon; aplicaciones de punto de Inglaterra, y puntillas aljofaradas de un efecto maravilloso: en el exterior, grandes marabuses, semejantes á la espuma del mar: sobre la frente, ancha blonda blanca, abrigando una rosa blanca tambien con hojas bronceadas, á la que parece haber dado vida la pura luz de una aurora de mayo.

Otro negro, que nos pareció estar deseando adornar una cabellera rubia y dar sombra á unos hermosos ojos azules: este está formado todo de encajes Chantilly: nada hemos visto mas fresco, mas gracioso y juguetón, que las bellas flores que le adornan, color de grana, y que, sosteniendo como ruborizadas dos ó tres insectillos, se esconden poéticamente entre soberbias plumas negras de avestrúz.

Un tercero, negro y gris plateado, para alivio de luto: con *draperie* de terciopelo epinglé formando *fanchon*, plumas negras y flores blancas de una coquetería encantadora, como para distraer de su dolor á la que lo lleve.

En fin, el cuarto, todo de tul blanco bordado, y terciopelo azul Maria Luisa, que habla ya de primavera y de juventud: el fondo de este precioso sombrero se compone de un cuadrado de terciopelo azul, sobre el que se cruzan, con una gracia infinita, dos barbas de blonda blanca.

No os riais al leer que este sombrero *habla*: las prendas verdaderamente elegantes tienen su idioma, y hablan realmente de cielo azul, de sol radiante, de gracia, de alegría y de belleza.

En el lugar correspondiente vereis el anuncio de Mme. Grenet, á cuya casa os aconsejo que vayais á surtidos de todas las prendas de verdadero buen gusto.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.